

XIX

El cristianismo hasta los Profetas

272 Bajo el orgiástico reinado de Nerón aparecen por vez primera en el mundo los hasta entonces desconocidos cristianos; y esa vez primera que se presentan en la historia, se presentan como mártires.

(1) Durante tres siglos son alternativamente tolerados ó perseguidos; pero si los desdenes de la tolerancia favorecen su propaganda pacífica, las crueldades de las persecuciones los transforman en heroes legendarios. Y tolerados con desdén ó perseguidos con furor, llegan por fin á conquistar bajo Constantino la libertad de su culto y de sus creencias, libertad defendida en los potros del tormento, en las hogueras de Neron y en los torrentes de sangre derramada en las arenas del Circo; así como también en las elocuentes apologías de los Orígenes, de los Tertulianos, de los Ignacios y de otros discípulos del gran apóstol Pablo.

273 A fines del siglo III los cristianos eran tan numerosos, que su abstención de los negocios públicos y su retraimiento en el culto oficial se traducían en debilitamiento de la fuerza y cohesión del Imperio.

1 Como lo hemos hecho notar en el anterior párrafo 16.

rio, y Tertuliano, aunque usando quizá de hipérboles oratorias, podía decir que los nuevos creyentes se encontraban en todas partes, en el Senado, en la Curia, en el ejército, en las aldeas, en el foro, no dejando á los paganos sino sus templos y sus teatros. A fin del siglo IV y durante el V, Theodosio, Constancio y sus sucesores declararon al cristianismo religión oficial, y anunciaron por terribles y pavorosos edictos la agonía tristísima del paganismo, la destrucción de sus altares, la dispersión de sus sacerdotes y la condenación de su culto; y llegó por fin el día en que la veneranda imagen del Júpiter sublime de Fidias (1) cede el trono de su imperio veinte veces secular al *divino leproso* martirizado con oprobio en una humilde colina de Jerusalem.

274 Ante esa revolución inmensa, ante esos millares de mártires, ante esa pléyade incontable de adoradores de una moral desconocida, ante esa victoria decisiva del evangelio de los humildes sobre la eterna doctrina del egoísmo, ante ese drama de la historia convertido en epopeya por el heroísmo de un puñado de indigentes, la filosofía se siente arrastrada á convertir el análisis de la crítica histórica en himnos de eterna admiración y el frío razonamiento tiene tentaciones de transformarse en estrofas de amor.

275 Pero no; si hubo una época en que la ignorancia de las leyes sociológicas, el lirismo de los pensadores y el interés y preocupaciones de creyentes y sectarios impotentes para la observación y la crítica no pudie-

1 En 393 fueron suprimidos los fuegos olímpicos en Atenas, después de las 293 olimpiadas, y la estatua de Júpiter fué llevada á Constantinopla.

ron explicarse ese acontecimiento histórico, sino con declamaciones y apologías; si millares de pensadores y filósofos antes de la aurora de luz de las ciencias sociales no pudieron hacer otra cosa que arrodillarse ante el milagro del Gólgota; hoy que el estudio de los fenómenos sociales, el estudio de la evolución de las religiones que imperan en el mundo ha hecho progresos importantes; hoy no es lícito al pensador, al crítico, al filósofo contentarse con superficiales apologías y admiraciones oratorias; hoy tiene que estudiar el fenómeno del cristianismo con la misma serenidad y criterios con que estudia el fenómeno budhismo, el fenómeno mahometismo, el fenómeno sabismo, el fenómeno general del origen, desenvolvimiento y transformación de todas las religiones. Allá en el Oriente han existido conmociones y revoluciones religiosas tan grandiosas y milagrosas como la que transformó y ha transformado al mundo occidental durante 20 siglos; y ningún estudio ha derramado tanta luz sobre estas revoluciones como el estudio comparado de las diversas religiones de la humanidad.

276 A la luz de esos estudios vamos á analizar las leyes *naturales* sociológicas que han determinado el crecimiento, propagación y transformaciones de la doctrina é institución llamada cristianismo y su influencia en el desenvolvimiento del derecho.

277 El cristianismo es un fenómeno social extraordinario y todos los fenómenos extraordinarios son para la conciencia de la humanidad fenómenos milagrosos, hasta que la ciencia pueda explicar su

filiación, su generación, su aparición natural. (1) El

(1) Para prevenir susceptibilidades, escrúpulos y reproches, debemos advertir que nosotros estudiamos al Cristianismo como sociólogos y no como theologos, es decir, que estudiamos y vemos en él un fenómeno social. Si para los theologos es un milagro, nosotros no discutimos ese milagro, porque los milagros se *creen*, pero no se demuestran; como se puede creer que el movimiento de los astros es milagroso, sin reprochar al astrónomo que explique ese movimiento por leyes *naturales* y estudie y explique esas leyes naturales de la mecánica celeste. Un milagro es una violación ó derogación de las leyes (en nuestra opinión eternas ó invariables) de la naturaleza, leyes derivadas unas de otras en la unidad del cosmos, de manera que la interrupción de la una sería el trastorno de todo el universo. Un milagro es que el sol se *pare* (esto es, que nuestro globo terrestre suspenda su curso), que un hombre viva con la cabeza cortada, que el imperio turco se declarara de improviso imperio católico. El primero de estos milagros, el astronómico, significaría la interrupción de todas las leyes de la mecánica celeste, de la atracción, del equilibrio de los sólidos y fluidos y gases, de la llamada ley de inercia de los cuerpos, etc. pues al detenerse la tierra en su movimiento debía en virtud de esas leyes producirse un cataclismo terrible, debían ser precipitados los mares sobre los continentes, destruidos todos los edificios, demolidas las montañas etc. de manera que ese milagro aparentemente tan sencillo, supondría la suspensión de innumerables leyes constantes é invariables de la naturaleza. Un hombre viviendo sin cabeza supondría la violación de todas las leyes biológicas sobre circulación de la sangre, respiración, coordinación del sistema nervioso, unidad de funciones etc., leyes comunes á todos los seres vivos. Y el golpe de Estado político-religioso del Sultán turco y su pueblo supondría la violación de leyes invariables psicológicas y sociológicas en cuya virtud las inteligencias y las voluntades humanas, ni individualmente, ni en grandes masas pueden repentinamente romper con sus tradiciones, con sus creencias con sus asociaciones de ideas, con las leyes constitutivas de su espíritu.

Hay hechos extraordinarios, esto es inesplicables; pero esto no quiere decir que sean milagrosos; extraordinario quiere decir

milagro ha desaparecido del orden físico cuando las

lo que sucede raras veces, lo que la *actual* ciencia humana no alcanza explicar, por muy *natural* que sea, pues la ciencia no conoce todas, sino muy pocas leyes naturales. Extraordinario es que el sol se oscurezca ó aparezca un cometa, y sus fenómenos serán un milagro, como lo fueron, cuando se ignoraba la causa de ellos; extraordinario es que un hombre viva después de haber sido fusilado, y sin embargo se han dado casos que la ciencia explica unas veces y otras no. En México tenemos un fenómeno extraordinario que en pequeña escala, en miniatura, puede servir para darse cuenta y explicar la evolución social de muchas creencias y religiones, pues salva la diferencia de estención territorial y social del fenómeno, ha seguido el proceso natural de todas las grandes transformaciones religiosas. Nos referimos al culto y creencia de la aparición de la Virgen de Guadalupe. Un eclesiástico, Miguel Sánchez (creo que era jesuita) publicó en 1648 un libro refiriendo el milagro de la aparición de la Virgen á un indio el año de 1531- aprovechando el culto que se tributaba á una mala pintura existente en una hermita de la hoy Ciudad de Guadalupe Hidalgo; y ese escrito bastó no solo para que las masas analfabéticas aceptaran esa superchería religiosa y tributarán culto idolátrico á esa pintura que se supone pintada por Dios, sino para que durante tres siglos y los futuros al presente, todas las clases pertenecientes á la sociedad llamada culta é ilustrada, letrados, doctores, literatos, artistas, sacerdotes, obispos, clero, frailes, todos los dignatarios del orden social y político que han existido y seguirán existiendo, acepten, y propaguen, y defiendan y celebren ese milagro inventado por un escritor. Y se levantan basílicas suntuosas por centenares en todo el territorio de la Nación á la imagen aparecida; y el Gobierno civil ó político funde una orden noble de *caballeros de Guadalupe*, y el Pontífice Romano apruebe el milagro y autorize el culto que se le tributa, y esa imagen sirva de bandera política á la guerra de independencia, y el culto de esa imagen supera en México á todo otro culto, erogándose en él millones de pesos y atrayendo romerías ó peregrinaciones periódicas de todos los ángulos de la República. ¿Y nada más esto? No; el Arzobispo y Primado de la Iglesia nacional, D. Pelagio A. Labastida, deseando tener datos históricos ciertos sobre esa apari-

ciencias físicas se han constituido; ha desaparecido

ción de la que no habló el historiador católico Orozco y Berra (silencio en que persistió ese escritor á pesar de las insinuaciones en contrario de dicho Prelado y el cual silencio motivó la consulta de que se habla), consultó al eruditísimo historiógrafo católico D. Joaquín García Izcalbaceta de reconocida y merecida reputación; y éste, en carta consulta de Octubre de 1883 (que no se publicó sino después de su muerte), carta que es una obra maestra de estilo, de erudición, de crítica, de lógica, demuestra hasta la más irrefutable evidencia la falsedad de ese milagro (pues el autor cree en los milagros), la superchería del P. Sánchez, las mentiras inventadas por éste y el origen de ese culto idolátrico. Y qué resultó de este luminoso é irrefutable estudio crítico histórico? Resultó lo que debía resultar; que el Prelado de la Iglesia de acuerdo con Roma, guardó el secreto de ese estudio, que éste lejos de servir para disminuir el culto y la creencia en el milagro, coincidió con el momento en que ese culto recibió un impulso desusado con la reconstrucción de la Colegiata de Guadalupe, la solemnidad de la coronación de la virgen (con la cual desapareció la corona que ella tenía y era la pintada por Dios), que el Obispado de todo el país y aun del extranjero fué invitado y vino para asistir á la gran solemnidad de esa coronación, y que en el momento en que ella tuvo lugar las campanas de los millares de templos de toda la República, anunciando esa ceremonia, hicieron que doce millones de habitantes se pusieran de rodillas, uniéndose en un mismo culto.

Hé aquí, pues, todo lo que ha producido una simple mentira de un Presbítero, mentira que en vano pretende combatir la crítica histórica, porque no hay siquiera quien lea esa crítica. ¿Quién ha leído el trabajo de García Izcalbaceta? Una docena de personas ilustradas en medio de doce millones de creyentes que siguen leyendo novenas y leyendas milagrosas de la maravillosa aparición. "El libro del padre Sánchez (dic García Izcalbaceta, explicando el culto *nacional* de ese milagro), salió en momento oportuno para ganar crédito. La admirable credulidad de la época junta con una piedad extraviada, hacía admitir, desde luego, cuanto parecía redundar en gloria de Dios, sin advertir, como muchos (casi todos), *no advierten hoy que á la Verdad Suma no se*

del mundo sideral cuando la ciencia astronómica se

"da honra con la falsedad y el error. Los pergaminos de la torre "Turpiana y los plomos del sacromonte de Granada. alcanzaron "tal crédito que pasó un siglo en disputas antes que la Santa Sede "los condenase. El P. jesuita, Román de la Higuera, infestó por lar- "go tiempo la historia de España con sus falsos cronicones á que "siguieron los de Lupian Zapata, Pellice de Ossau y otros. Aquellas "falsificaciones tenían por objeto completar los episcopologios trun- "cos de muchas Sedes españolas; probar la venida de Santiago y "de varios de los discípulos de los apóstoles á España; dar Santos "á diversas ciudades que no los tenían y en suma, acrecentar glo- "rias á la Iglesia de España. Los que aquello vieron, se alampa- "ron cada uno á su ignorado obispo ó á su nuevo santo, sin que "hubiera modo de hacérselos soltar. Las ciudades formaban sobre "tan malos fundamentos sus historias particulares que extendie- "ron el contagio. No todos fueron engañados, pero *nadie se atre- "vió á impugnar aquellas torpes invenciones por temor á la grita "que se levantaría contra el que combatiera tan piadosas mentiras. "El empuje popular era irresistible, y costó mucho tiempo y traba- "jo limpiar de aquella busura la historia civil y eclesiástica de Es- "paña. Era una época de misticismo en que el espíritu público "estaba dispuesto á acoger y apoyar cuanto se refiriera á comu- "nicaciones ó manifestaciones sobrenaturales; cualquiera forma, "en fin, de milagro. El que de continuo ofrece la naturaleza con "el cumplimiento *invariable de sus leyes*, no satisfacía; se necesi- "taba siempre la excepción de la regla y que la intervención di- "recta de la Divinidad viniera á derogar, hasta en las cosas más "fútiles, lo que *desde la creación quedó sabiamente establecido*. Los "milagros debían de obrarse por medio de imágenes que eran to- "das de origen milagroso también. De aquí tantas historias de "ellas; ya la que dos ángeles en figura de indios dejaban en la "portería de un convento; ya la que se renovaba por sí misma; ya "la que se hacía tan pesada en el lugar donde quería quedarse que "no era posible moverla de allí; ya la que salía de España á me- "dio hacer y llegaba aquí concluida; ó la que se volvía varias ve- "ces al lugar donde la habían quitado, ó la que hablaba, pesta- "ñaba, sudaba, ó por lo menos bostezaba. Tan decidida era la "afición á los milagros que aún los hechos notoriamente naturales*

"eran tenidos y jurados por milagros. En terreno tan bien prepa- "rado cayó el libro del P. Sánchez y así fructificó. A nadie le ocu- "rrió preguntarle de donde había sacado historia tan peregrina, "que el capellán mismo de la hermita la ignoraba: ese libro fué "sencillamente aprobado, como cualquiera otro: la *autoridad* no le "llamó á cuentas, sino que por un procedimiento enteramente opues- "to al natural y debido, en vez de exigirle las pruebas de aquella "historia y de los milagros que contaba, se dirigió todo el empeño "á procurarle los fundamentos que no tenía. A esta idea extra- "viada debemos las tristes informaciones de 1666 "

Si el escritor católico Izcalbaceta, sin salir de su criterio católico, explica las causas *naturales* (pues natural es la propen- sión de las gentes á creer en milagros), por las que doce millones de creyentes hayan aceptado y sigan aceptando desde hace tres si- glos una superchería convertida en culto suntuoso y protegida por centenares de obispos y prelados y por el Pontífice romano; noso- tros podremos también, sin salir de nuestro criterio puramente cien- tífico, explicar las *causas naturales* del milagro cristiano, pues si ellas explican la creencia durante tres siglos de millones de gentes y de millares de sabios y de centenares de obispos en ese milagro nacional, ellas explicarán también la creencia de 20 siglos en milla- res de gentes y millares de sabios en el milagro cristiano. El fenóme- no es el mismo, con la sola diferencia del número de creyentes y del tiempo; pero en uno y otro encontraremos leyes naturales psi- cológicas y sociológicas explicando la formación de una creencia y su desarrollo dogmático y social en la historia; en uno y otro encontraremos la creencia popular sobreponiéndose á toda crí- tica y á toda evidencia; encontraremos un fenómeno muy com- ún y aún universal en toda creencia y sentimiento, y es la im- posibilidad de combatirlo, no sólo porque no hay quien los com- bata cuando han llegado á popularizarse, sino porque nadie hace caso de los combatientes, sino es para perseguirlos. Sucede con los fanatismos religiosos absolutamente lo mismo que en los políticos. ¿Quién, entre nosotros, se atrevería á hacer un juicio crítico contra Hidalgo ó Juárez, negándoles grandeza individual? Nadie; porque los que opinan que son vulgares esas personalidades, se guardan su convicción para no exponerse á persecuciones, pues el interés in- dividual es superior á todo celo histórico; y los que se atrevieran á escribir algo en contra, no sólo serían perseguidos, sino que no

serían leídos, pues nadie ó muy pocos leen lo que pugna con sentimiento de la época y de la nación. ¿Cuántos centenares de personas ilustradas en México no creen en la supuesta aparición de la Virgen de Guadalupe? Millares de incrédulos existen, pero se guardan su incredulidad porque no hay nada que los estimule á combatir esa superstición, y si hay razones para no ocuparse de ella y vivir tranquilamente con todo el mundo. Y si algún bohemio, algún fanático anticlerical ó algún quijote literario tiene la peregrina idea de ocuparse de ese asunto, no encontrará lectores y si encontrará injurias de los unos, desdenes de las masas incultas que le verán como necio, y declamaciones de los devotos que le atraerán el odio. Este es el *mecanismo* social de toda creencia; ella en un momento histórico sofoca toda crítica, ahoga todo razonamiento, se estiende é impone al amparo de la ignorancia de las masas y del interés y vanidades de los que las gobiernan, dirigen y explotan.

Este fenómeno social es el que vamos á estudiar con criterio científico, con el criterio de las leyes *naturales sociológicas*, que es el mismo que el católico Izcalbaceta empió para estudiar el fenómeno social del culto del milagro guadalupano. No somos teólogos, sino sociólogos; no vamos á ocuparnos de investigar si el cristianismo es ó no sobrenatural en el sentido teológico; si la religión cristiana tiene siete sacramentos; si por medio de ellos alcanzan los hombres gracias sobrenaturales; si los sacerdotes son intermediarios entre Dios y los hombres de esos sacramentos, etc., etc., todo esto no es materia de nuestro estudio; únicamente estudiamos el *fenómeno social* del origen y propagación social del cristianismo, pues desde el momento en que aceptamos que todo fenómeno social está sujeto á *leyes naturales*, como lo está todo fenómeno astronómico, estamos autorizados en el orden científico para estudiar las leyes naturales de ese fenómeno, sin preocuparnos de las explicaciones religiosas del mismo, como el astrónomo y el cosmógrafo al explicar las leyes de la gravitación sideral y la formación del sistema planetario y de nuestro globo, no se preocupa de las explicaciones que sobre esos fenómenos den los Vedas, el Koran ó la Biblia.

Hay una tendencia irresistible en todos los hombres, por muy cultivado que sea su espíritu, á buscar *causas extraordinarias* á los fenómenos sociales, y de aquí la tendencia á la deificación y al

perfeccionó; (1) el vulgo ignorante de las leyes fisiológicas y patológicas atribuye multitud de fenómenos á milagros; los temblores, y los cometas, y las sequías, y las epidemias no se han considerado como efectos naturales de causas naturales, sino como milagros ó enojos de la Divinidad; las enfermedades epilépticas y otras eran consideradas como casos demoniacos; el milagro desterrado hoy, para todo espíritu cultivado, de las ciencias naturales, se ha refugiado en los fenómenos sociales y se creen milagrosos los grandes y extraordinarios trastornos sociales, sobre todo, cuando la leyenda cubre un origen, adultera los hechos primitivos y desaparecen en la bruma de los tiempos las particularidades históricas que los determinaron. La humanidad tiende irresistiblemente á considerar como milagro todo lo que es extraordinario é inexplicable, y los fenómenos sociales son los mas inexplicables hasta hoy de todos los fenóme-

apoteosis políticos y religiosos; pero la verdad es que para sojuzgar y gobernar á la humanidad basta un *trapo*. Esto parecerá una burla; pero en realidad esto es muy verdadero y serio, y sólo nuestro orgullo nos hace desconocer esa realidad de nuestra *pobresa racional*. ¿Por qué tanto afán (en México sobre todo, en donde está prohibido por la ley el traje eclesiástico), en que las dignatarios del clero, lo mismo que los de otras religiones, se distinguen por trajes más ó menos decorativos y pomposos? Quitad á los Obispos y Arzobispos el oropel de esas rojas y séricas vestiduras, vestidlos de catrines, y habrán perdido las 99 partes de los respetos que se les profesan; quitad al Papa su blanca vestidura y se convertirá en una vulgar autoridad; suprimid las pompas sacerdotales y muy poco quedará de religión.

1 San Agustín y muchos filósofos no podían explicarse el movimiento de los astros sino por la intervención de angeles que presidian á sus movimiento: la edad media está llena de milagros y todas las religiones los han tenido.